

Historia de Vida N° 5

BONIFACIO GETO

Uniendo los hilos que tejían mi historia



**En conmemoración de los 25 años del
Programa Todos por el Reencuentro**

20 de mayo de 1999 - 20 de mayo de 2024

¡HASTA ENCONTRARLOS!



BONIFACIO CETO

**Uniendo los hilos que tejían
mi historia**

En conmemoración de los 25 años del Programa Todos por el Reencuentro

20 de mayo de 1999 - 20 de mayo de 2024

www.ligadehigienemental.org / www.todosporelreencuentro.org

Email: ligaghm@gmail.com

Créditos:

LIGA GUATEMALTECA DE HIGIENE MENTAL

12 Calle "A" 0-27, zona 1

Teléfonos: 2232 6269 y 2238 3739

Director: **Marco Antonio Garavito Fernández**

Investigadora y Redactora: **Claudina Juárez**

Revisora: **Ghizell Barillas**

Edición: **Angela J. Reyes y Marco Antonio Garavito**

2

Las opiniones contenidas en el siguiente material es responsabilidad exclusiva de la Liga **GUATEMALTECA DE HIGIENE MENTAL** y **sus autores**. Derechos reservados. Se permite su reproducción, parcial o total por cualquier medio, siempre que se cite la fuente.

Con la colaboración de:



**Agència Catalana
de Cooperació
al Desenvolupament**



**Generalitat
de Catalunya**

Entidad Colaboradora:



REDS
solidaridad para la transformación social

El contenido de esta publicación es responsabilidad exclusiva de la **LIGA GUATEMALTECA DE HIGIENE MENTAL** y no refleja necesariamente la opinión de la **ACCD**



Mi nombre es Bonifacio Ceto Sánchez. Mi nombre de origen es Mario Santiago Raymundo. Vivo actualmente en el Cantón Vitzal de Nebaj, pero nací en el caserío Xapiac de la aldea Sajsibán, este es el lugar a donde pertenezco. Tengo más de cuarenta años ahora y aunque estoy descubriendo quien soy, debido a mi historia, la historia que les relataré, la fecha de nacimiento que conozco es la del 15 de abril de 1983.

Soy Licenciado en Educación Primaria y tengo una maestría en Andragogía desde 2023. Ejercí durante 15 años como Maestro de Educación Primaria Bilingüe y el año pasado fui nombrado director de la escuela donde he trabajado, mi profesión es una de las áreas más importantes de mi vida.

Vivo con mi esposa y con mi hijo, quienes son mi familia. Mi hijo se llama Pil Cap Noj, su nombre, está escrito en el idioma maya ixil, lo decidimos así para mantener nuestra cultura y portar con orgullo nuestras raíces. Siempre he creído que los nombres deben ser únicos. El nombre de mi hijo significa: Pil es el nombre de mi abuelo materno (Felipe); Cap es la abeja que poliniza la naturaleza y Noj es el cargador del año. Mi hijo lo sabe, Cap poliniza las flores y los árboles, es abundancia; si eso se pierde, se pierde la vida.



LAS DUDAS SOBRE MI ORIGEN

Yo crecí con mis padres adoptivos. Claro, eso yo no lo sabía, lo sospeché cuando la gente comenzaba a decirme: - “tenés otra familia, ellos no son tus papás”-. Tengo recuerdos que, desde muy pequeño, me lo decían vecinos y familiares y así como crecía yo, crecían mis dudas. Al principio, no le prestaba mucha atención, pero conforme me fui haciendo consciente, empecé a tomarlo en serio. Cuando acompañaba a mi padre a hacer un jornal de trabajo (él es agricultor) y en el camino se encontraba con sus amigos, me presentaba como su “tuco” (que se llaman igual), él se llama Pedro Ceto Cedillo, y a mí me parecía algo muy bonito.

En la escuela, tenía confusiones con mi identidad, allí me llamaban Bonifacio y ¿mi padre me presentaba como Pedro, su tuco?, fue tanto que empecé a reclamarle, a decirle que no me dijera tuco, porque yo no tenía ese nombre y a preguntarle por qué me decían Bonifacio. Él no respondía o era agresivo para contestar, me dejaba siempre con la inquietud.

Pronto tuve problemas en la escuela. Mi padre iba por temporadas a trabajar a las fincas y entonces él se veía obligado a llevarme. No pedía permiso en la escuela, sólo me sacaba y yo obedecía y me iba acompañándolo. Era lo contrario con su otro hijo (su hijo biológico), por él si pedía autorización para trasladarse a la finca y ahí seguía sus estudios, eso llamaba mi atención y me preguntaba: ¿por qué a mí no me tratan igual?

En la casa de mis padres adoptivos, mis labores se centraban en cuidar y pastorear ovejas. Me esforzaba, iba a estudiar, pero al contrario de mi hermano, a mí no me revisaban el boletín de calificaciones. Además, él podía tener la oportunidad de comprar algo de consumo en la escuela, pero yo no, eso me motivó a independizarme de mis papás.

Desde niño, acompañaba a personas que trabajaban en ONG's a los talleres de formación que tenían, y, de esa manera tuve el espacio para conocer cosas afuera de la comunidad. Una vez, viajé a la capital y allí me interesé en trabajar con una ONG, pero tenía un inconveniente: había llegado sin nada, sin mis cositas personales como zapatos y ropa para vestirme, entonces decidí que quería ganar mi propio dinero y empecé a trabajar como comerciante; era asistente de los comerciantes en el mercado de Nebaj, eran vendedores ambulantes, yo vendía medicina natural, de todo fui haciendo yo en la vida. Desde los 10 años ya lustraba calzado, pero siempre sufrí la violencia de otros jóvenes, como eran mayores que yo, a veces me pegaban.

SENTIRME DE NINGÚN LADO; SENTIRME PARTE DE TODO...

En la adolescencia conocí a una psicóloga de una ONG que me ofreció ayuda para buscar a mis padres biológicos, ella estaba trabajando con casos de niños desaparecidos y vivía en Chimaltenango. Pero pasaron los años y nunca me dio resultados, alguna vez me atreví a buscarla, pero no obtuve una respuesta satisfactoria.

Así empezó el largo camino de mi búsqueda, de saber ¿quién era? y ¿de dónde venía? Contacté a otro psicólogo que me dijo que me podía ayudar. Y decidí volver a intentar con la Asociación “Dejando Huellas” que él dirigía, me pidieron dos fotografías nada más.

Empecé a tener pesadillas, soñaba que subía a una montaña y escuchaba voces: “¿Mario dónde estás?, ¡Mario estoy contigo!”. Yo escuchaba una voz, pero no entendía por qué decían “Mario”, incluso despertaba con la almohada mojada porque lloraba de verdad.

Los básicos, no los terminé de estudiar en Nebaj, mis padres adoptivos no me ayudaban con mis estudios y me fui por mi cuenta a Cobán (Alta Verapaz), donde tuve que buscar trabajo para seguir estudiando. Sufrí discriminación, yo iba del campo y me inscribí en un Instituto Nacional Público, donde la mayoría de los estudiantes eran del área urbana y yo, era el único maya hablante entre ellos.

Quienes más me discriminaban eran unos cuantos “niños rebeldes”, que tal vez no les habían enseñado a respetar la diversidad cultural desde su casa. Ahora entiendo eso, pero al principio ¡lo sufrí! En ese tiempo conocí a un amigo que trabajaba en una institución que se llamaba CARE, en San Cristóbal Verapaz, allí me dieron un espacio para dormir, también me dieron trabajo, trabajaba de día y de noche.

Continué contactando a la Asociación Dejando Huellas, donde me dijeron que mi caso era complicado, porque me habían dado en adopción a varias familias desde los seis meses de edad. Me contaron que la primera familia que me adoptó era de la aldea Visan. Según me dijeron, cuando vine al Destacamento Militar, avisaron que había un niño a algunos jefes y comandantes que tenían amigos en esa aldea y me adoptaron allí en el destacamento, me fueron a traer en una toalla. Estuve con esa familia, 3 o 4 meses quizás, pero debido a que tenían otros hijos no se quedaron conmigo.

Con los años regresé a Nebaj y seguí buscando a mi familia biológica. Contacté a la ODHAG (Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado de Guatemala), con ellos también encontré apoyo emocional, psicológico y social. Me daban la oportunidad de viajar a la capital a conocer a otros jóvenes y así empecé a superar un poco la discriminación que sufrí, porque encontré jóvenes de lugares diferentes que se interesaban en conocer la cultura y las cosas del lugar de donde soy originario.

En 2001, en la ODHAG me motivaron para que documentara mi caso con ellos y así podrían apoyarme en la búsqueda de mi familia.





Participaba en talleres junto a otros jóvenes, daba y recibía capacitaciones y charlas. A pesar de mi esfuerzo por aprender de todo, mis padres adoptivos seguían sin apoyarme. sólo me decían: “qué bueno que te fuiste para allá porque algo bueno vas a hacer”, entendí que tenía que superarme por mi cuenta.

UNIENDO LOS HILOS QUE TEJÍAN MI HISTORIA

Continué con las actividades de la ODHAG, y en uno de los talleres conocí a la Liga Guatemalteca de Higiene Mental. Cuando dijeron que trabajaban para encontrar a la niñez desaparecida por el conflicto armado interno, lloré y pensé ¡ésta es mi oportunidad! Les hablé y pedí que sólo me dijeran que tenía que hacer, me explicaron que tenía que presentar mi caso al Programa “Todos por el Reencuentro” que desarrolla la Liga, para que pudieran evaluar si podían acompañarme.

Me reuní con el equipo de la Liga para hablar sobre mi caso, yo les dije: *“quiero conocer a mis papás; quiero saber si están vivos o muertos, quiero conocer todo hasta lo último, hasta la tumba donde estén enterrados, donde los hayan dejado, no importa si es un cementerio clandestino, pero quiero saber dónde están”*. Así inició esta nueva etapa, por fin, me sentí más seguro después de haber sufrido tanto y empecé el camino que me llevaría al reencuentro.

Empecé a recibir información del avance de la búsqueda que realizaba la Liga y yo también estaba haciendo mi propia investigación, quería saber, además, quienes me habían tenido antes de mi familia adoptiva. Conocí en la aldea Visan a Don Gabriel (mi primer adoptante), y me contó que, llegó al destacamento militar con una toalla celeste para adoptarme. Él conocía a Pedro Ceto Cedillo, de Vitzal. Un día, Don Pedro llegó a visitar a Don Gabriel y le dijo que, él y su familia querían adoptar al niño y me entregó.

Pregunté a Don Gabriel, ¿Por qué me entregó?, y con lágrimas en los ojos me dijo: *“Espero que algún día me perdones, no era porque te hubiera discriminado o rechazado, era porque yo tenía otros hijos pequeñitos, entonces vi que mi mujer no se daba abasto para cuidarte y llorabas mucho. El llanto era por lo que habías sufrido, porque fuiste abandonado en el momento que eras recién nacido, eso me obligó a darte con otra familia y según yo, lo había hecho de la manera más correcta”*.

La segunda familia que me tuvo (mi familia adoptiva actual), me tuvo un tiempo corto, como pareja tuvieron una discusión y a causa de eso me entregaron a una tercera familia, la de Don Tomás Bernal (a quien también visité). Viví con Don Tomás alrededor de 4 meses, según lo que me contó, trató de cuidarme hasta donde pudo, fue a comprar un bote de leche para mí, y, con lágrimas en los ojos dijo que él nunca pensó que mis padres adoptivos me reclamarían y me llevaron de regreso con ellos. Él sí quería cuidar de mí, pero cuando me reclamaron él no quiso tener enemistad con la familia adoptiva y me entregó con ellos.

Ya de regreso en la casa de Don Pedro (era la cuarta vez que cambiaba de familia) intentaron de nuevo darme en adopción una quinta vez; a una señora de Xemamatzé (la conocí cuando ya era un poco mayor) pero al final ella nunca se animó a ir a buscarme y así me quedé con ellos. Toda esta información fue recabada por el equipo de la Liga, yo aportaba información y ellos también.

YO CAMINABA HACIA MI HISTORIA Y MI HISTORIA CAMINABA HACIA MÍ

En 2004 después de mi graduación, conseguí mi primer trabajo como adulto donde viajaba a diferentes aldeas de Chajul y de Cotzal, sobre todo a Sajsibán, Santa Marta y Nueva América. Sin querer y con el paso tiempo me di cuenta de que, una de las familias que visité, jera mi familia biológica! pero yo no lo sabía en ese momento y entre pláticas ellos me decían: “es que nosotros andamos buscando a la familia de don Juan Santiago, él perdió a un hijo que tenía 6 meses”, pero yo nunca le puse importancia a esa conversación.

Volví a reunirme con el equipo de la Liga, les conté de Sajsibán, y coincidió con que ellos también tenían información de ese lugar. Profundizaron más en la información recibida y me dijeron que existía la posibilidad de que mis familiares biológicos fueran la familia de Don Juan Santiago, pero había que tomar muestras de ADN para hacer la comparación.

Don Juan Santiago por su cuenta, buscó a la Liga para documentar el caso de su hijo perdido. En su testimonio, él relata que:

“En 1982, él llevaba a su esposa y a sus hijos a un lugar seguro, les habían quemado 3 trojas de maíz, les quemaron la casa y tuvieron que huir para esconderse entre las junglas. En una de las esquinas de las partes más cerradas, corrió la esposa de él que se llamaba Cecilia, ella llevaba a su hijo de 6 meses de nombre Mario”, recuerda Don Juan. “Él llevaba a sus otras hijas de la mano y en un momento de descuido se distanció de su esposa, de pronto se escuchó el bombardeo y todos esos disparos, él se escondió y ya no podía continuar. Tenía alejados de él a Cecilia y a su hijo, pero estaba cuidando a sus hijas, entonces no sabía qué hacer, si salir a buscarlos y dejar allí a sus hijas; o, quedarse con sus hijas y esperar a que apareciera su esposa y su hijo al siguiente día”.

Decidió quedarse con las niñas y al día siguiente de madrugada, con ayuda de vecinos empezaron la búsqueda y encontraron a la esposa de don Juan ya muerta con disparos en la espalda y boca abajo, pero nunca encontró a su hijo de 6 meses. Él mantuvo la esperanza de que Mario estuviera vivo, pero no sabía dónde encontrarlo.

Don Juan también contó que decidió ir al destacamento militar a buscar a Mario, desde afuera escuchaba a un niño llorar, no se animó a entrar por miedo a que lo apresaran, dio muchas vueltas desesperado por ir a buscarlo y llevarlo con él, pero había demasiada seguridad y tenía que regresar a cuidar a sus hijas. Los fragmentos de las historias coincidían. Escuchábamos

¡HASTA ENCONTRARLOS!

la misma historia, la versión de un padre buscando a su hijo y había un hijo buscando a su padre.

Después de la historia de Don Juan, yo soñaba más seguido. A veces despertaba a medianoche por lo que escuchaba en mis sueños: balas, bombas, gritos como de película, gritos de niños corriendo, bombardeos; siempre despertaba llorando. Cuando encontraba a algún anciano le contaba sobre mis sueños y lo que me estaba pasando (es tan maravilloso hablar con los ancianos), para que me dieran alguna respuesta. Uno de ellos me decía: “es simple, sólo póngase de rodillas con una candelita si es posible, ahora si quiere hacer algo más grande, pues queme su incensario y haga una oración, hágalo con todo su corazón” y empecé a hacerlo, fue un ritual que se convirtió en algo sagrado para mí.

En mis sueños también escuchaba: “hijo, Mario, Mario ¡aquí estoy!, ¡aquí estoy!” y yo, seguía sin entender que me pasaba. Fui con un Sacerdote Maya y le conté lo que soñaba, el Sacerdote me explicó: “tu mamá te está buscando, pero ella ya no está viva. Ella descansa en paz, su espíritu está triste por las cosas que estás pasando”. También soñaba el lugar, el caminito para llegar a Sajsibán y yo me preguntaba: ¿será que es allí donde está mi mamá?

La Liga me ofreció apoyo para recibir acompañamiento psicológico y me asignaron a una psicóloga. En tardecitas como ésta, le contaba las cosas que yo pasaba. Ella me explicaba que era por el deseo de resolver el caso y conocer a mi familia biológica. Entonces entendí que no era un problema social, sino un problema emocional.

CADA VEZ MÁS CERCA DE LA VERDAD...

En una reunión con el equipo de la Liga, me dijeron que, la información de ambas partes coincidía en muchos aspectos, pero querían estar seguros de que Don Juan Santiago era mi padre y yo su hijo biológico y, para esto se necesitaba realizar una prueba de ADN. Para realizar esta prueba, tenían que encontrar apoyo económico y yo me preguntaba: “pero ¿cuánto puede costar, será que lo puedo pagar yo? A principios de los años 2000, ese tipo de pruebas, costaban aproximadamente cinco mil quetzales a eso había que sumarle otros gastos (alimentación, hospedaje, transporte entre otros), el costo total era entre seis mil y ocho mil quetzales. Pero me decían, que no me preocupara, que tarde o temprano iban a encontrar los recursos.

Cuando se encontró el apoyo, primero citaron a Don Juan Santiago, al principio él no quería porque era desconfiado y de muy pocas palabras. Después de varias reuniones con él (acompañado por alguna de sus hijas) para convencerlo, aceptó hacer el viaje hasta la capital para hacer la prueba de ADN.

Después coordinaron mi viaje para que yo hiciera la prueba también. Debo decir, que el proceso de búsqueda tardó casi veinte años, desde las ONG's que sólo me ilusionaron hasta que llegó el resultado de la prueba de ADN: ¡Positivo! Don Juan Santiago era mi padre biológico. Tener este

resultado me emocionó mucho, pero también representó un reto muy grande, pues mis padres adoptivos no sabían de la investigación. No encontraba palabras para dar esta noticia a mi familia adoptiva, sabía que no lo iban a tomar bien, por eso siempre fui muy cauteloso en mi búsqueda, pero ahora, con el resultado de la prueba, las piezas estaban completas para hacer el reencuentro con mi padre.

Acudí a un Sacerdote Maya al que le tenía confianza para que me orientara. Le conté toda la historia y me dijo: “todo niño, todo joven tiene que saber la verdad y que te vayas a morir sin saber la verdad, eso no es bueno”, esto me ayudó a entender que tenía el derecho a conocer la verdad de mi historia y de mi origen, a conocer mi verdad.

Preparé una reunión con mi familia adoptiva, y con mucho respeto les conté sobre la investigación y lo que había encontrado. Empecé a sentir el rechazo de mis hermanos (un hermano y dos hermanas), mi hermano me reprochó, el ¿por qué? de mi búsqueda; para él esto era una locura, para él yo sólo quería protagonismo y empezó a decir cosas que me ofendieron. Él no entendía lo que yo había sufrido y de todo ese vacío que había en mi vida.

¡Costó, costó esa parte, costó sanarla! Tardó alrededor de tres meses ese conflicto, hasta que lo enfrenté y lo superé. Busqué el apoyo de las personas con quienes contaba y que siempre me apoyaron; personas en la iglesia, sobre todo el Padre Rigo; amigos de estudio y mi amiga extranjera.

¡MARIO REGRESÓ! EL REENCUENTRO CON MIS RAÍCES; MI FAMILIA Y MI COMUNIDAD

Llegó el día del reencuentro, fui a Sajsibán a reencontrarme con mi familia, fue un viaje largo y cansado, salimos a las 8 de la mañana y llegamos a las 3 de la tarde, mandaron un caballo para recogerme, ¡yo monté un caballo!, son cosas que no olvido. Abrazar y ser abrazado por mis hermanas, por mi padre, por mi familia es algo que no puedo describir con palabras, me llenó de mucha felicidad ¡encontré a mi papá!

Hubo un momento confuso al abrazar a la esposa de mi padre. Al abrazar a mi papá sentí esa conexión entre padre e hijo y sentí sus lágrimas, pero al abrazarla a ella, no sentí lo mismo, y, para mis adentros dije: “¡jella no es mi mamá!” fue una reacción muy espontánea. Una de mis hermanas se dio cuenta, se acercó y me dijo: “tranquilo, él es nuestro papá, pero ella no es nuestra madre”, eso me tranquilizó mucho.

Se hizo una fiesta por mi llegada, después de toda esta primera emoción, tuve un momento para hablar con mi papá a la orilla del fuego. Empezó a contarme todo y quería saber de mí, quería saber si tenía un trabajo, porque él podía proponerme para ser maestro en Sajsibán, le agradecí, pero yo estaba trabajando en Río Azul por contrato, pero no descarté la posibilidad. Tuve esa gran plática con mi papá, con mis tres hermanas mayores y con el resto de mi familia. Me enteré de que su esposa anterior, falleció en un accidente, yo le tenía mucho cariño a ella, la conocí cuando llegaba a trabajar a la aldea y ella me recibía con todos los detalles de una madre y en ese momento también





sufrí la pérdida de ella, sentí tristeza.

DEL REENCUENTRO A LA REINTEGRACIÓN

Después del reencuentro, continuaron los sueños, eran de un cementerio clandestino. Yo quería saber en dónde estaban los restos de mi mamá, pero mi papá no me quería decir, después entendí que no quería lastimarme, pero yo sí quería saber.

En ese momento tenía dos preocupaciones: por un lado, estaba lidiando con mi hermano y mis padres adoptivos y, por el otro mi papá biológico, no quería que yo supiera del cementerio donde no sólo estaba mi mamá, sino también otros familiares.

Fui a las oficinas de la FAFG (Fundación de Antropología Forense de Guatemala) con sede en Nebaj, para que me ayudaran a buscar los restos de mi madre, ellos se encargaban de las exhumaciones en cementerios clandestinos y yo quería saber dónde estaba mi mamá. La Liga siguió apoyándome en este proceso, tenía mucho en que pensar: había encontrado a mi papá biológico, estaba buscando a mi mamá y además tenía problemas con mis padres adoptivos.

Al ver esta situación, una de mis hermanas convenció a mi papá para que me mostrara el lugar donde estaba la tumba de mi madre. Me llevaron a conocer el caserío Xapiac, un lugarcito que está entre Sajsibán e Ixtupil. En Xapiac, me señalaron dónde dieron muerte a mi mamá y cómo fue encontrada, que yo esté vivo es un milagro, porque cuando la encontraron, estaba boca abajo con disparos en la espalda y mi papá recordaba, que cuando huían, ella me llevaba dentro de un rebozo en la espalda de ella.

En ese cementerio hay tumbas normales y clandestinas, ellos iban explicándome quien estaba en cada tumba. Cuando llegué a la tumba donde están los restos de mi mamá, lo primero que hice fue sacar 5 candelitas, prendí el fuego y me puse de rodillas allí y lloré, lloré hasta lo último. Desde ese momento no soñé más, ¡se cerró el círculo!, entonces entendí lo que me decían los Sacerdotes Mayas.

Insistí en la FAFG para hacer la exhumación de mi madre, al principio mi papá no quería, me decía que no tocara nada allí, que no era quien para tocar los cadáveres de todos los que estaban allí enterrados, eso me hizo sentir frustrado, soñaba con darle una sepultura digna a los restos de mi madre en Sajsibán o en Nebaj. Con el tiempo él se retractó de su postura y dio la autorización, la FAFG hizo la exhumación; en los análisis de los restos de mi mamá, determinaron que: le dieron 3 balazos en la espalda;

que había sufrido de fracturas en el cráneo y en los pies porque se golpeó al caer, pero lo más importante

fue, que si era Cecilia, que sí era mi mamá.

Participé junto a otros familiares en las exhumaciones que hizo la FAFG. Allí también me enteré, lo que pasó con mi abuelo paterno, quien también es una víctima de la guerra. Me contaron que él estaba en una reunión porque era un líder en la comunidad y le dispararon con una ametralladora y al ver que no se caía, uno de los soldados lo atacó con un machete, de esos grandes, lo partieron en 3 pedazos, como si fuera una sandía.

Todavía tengo pendiente encontrar a mi hermano, tengo la esperanza de reencontrarme con él, porque yo sé que está vivo. En esa búsqueda, también fui a Vijolom II, lugar de origen de mi familia materna, conocí a una de mis tías y a mis abuelos (papás de mi mamá), mi abuelo se llamaba Felipe, por eso mi hijo es su tuco, mi esposa y yo en consenso lo llamamos Pil (Felipe en idioma Ixil).

Nunca me alejé de mis padres adoptivos, estoy agradecido con ellos, de que me hayan cuidado. El finado Tomás Bernal *me dijo en su momento: "si te hubieras quedado conmigo te hubiera dado todo, yo me arrepiento mil veces y lloro, cuando recuerdo que te miraba ahí sufriendo, pastoreando ovejas, te tenían como si fueras el mozo. Nunca tomés las cosas en contra de ellos, tratálos con respeto porque al final Dios te ha bendecido".* ¡Y hasta aquí estoy con ellos! Hay cosas que yo he pasado y que he enfrentado con ellos, creo que Dios sabe por qué hace las cosas.

Cuando me preguntan de dónde soy, yo digo que soy de Sajsibán, del Caserío Xapiac, alguien me dijo alguna vez: "me das orgullo porque el lugar de dónde venimos no tiene que avergonzarnos". Me hace sentir orgulloso, que mi búsqueda me haya llevado a, conocer a mi padre biológico; saber el lugar de la tumba de mi mamá y a tener paz y tranquilidad con mis padres adoptivos; ahora puedo convivir con mi familia adoptiva y compartir con mis hermanos biológicos.

Estoy muy agradecido con Dios y con la Liga Guatemalteca de Higiene Mental por apoyarme y acompañarme en este camino de descubrimiento. La Liga, es una institución muy seria, se comprometen al hacer su trabajo, desde la investigación de campo hasta el acompañamiento que dan a los familiares que están interesados, en la búsqueda de sus hijos desaparecidos y trata los casos con mucha reserva.

Me da mucha satisfacción, saber que yo fui el primer caso que se resolvió por medio de una prueba de ADN, aprecio mucho, que hayan podido encontrar los recursos para hacerlo posible, por eso mis sinceras felicitaciones por los más de 500 reencuentros que han hecho hasta ahora, para mí se merecen más que una Orden del Quetzal, por ayudar a sanar esas heridas que el Estado de Guatemala no ha podido reparar.

Mi esposa y mi hijo saben que el acompañamiento (técnico y psicosocial) que me brindaron me ayudó a encontrar la paz y la tranquilidad que necesitamos todos los que fuimos víctimas del conflicto armado. Por esto y más felicito a la Liga y a Maco porque siempre llevan nuestra experiencia de búsqueda y reencuentro a otros países, ¡yo lo he visto!

Uniendo los hilos que tejían mi historia





El proceso de búsqueda no acaba con el reencuentro. El Reencuentro es apenas el inicio de un largo camino de reintegración. Existen muchas dudas, preguntas y adaptación de la vida anterior a la nueva vida. Los familiares a pesar de haberse reencontrado siguen siendo acompañados en el Programa Todos por el Reencuentro.

En memoria de los padres biológicos de Bonifacio, su padre Don Juan Santiago murió hace algunos años, su madre Cecilia fue una de las víctimas del Conflicto Armado Interno en Guatemala.